

"JOSÉ ENRIQUE RODÓ EN EL NOVECIENTOS", de *Emir Rodríguez Monegal*. Montevideo, revista "Número", 1950, 100 págs.

E. Rodríguez Monegal es un escritor joven. Junto con A. Ardao, C. Real de Azúa, Idea Vilariño, M. Benedetti, S. Cabrera, Jorge Sorondo y otros, integra un homogéneo grupo de escritores uruguayos que aparecen definidos por el hosco signo de la faena crítica. Su producción literaria, comprendida en la revista "Número" y el semanario "Marcha", es prueba de esta vocación predominante.

Rodríguez M. es entusiasta promotor de las mencionadas publicaciones. Conocedor de la literatura europea —de la inglesa en especial— ha dedicado numerosos artículos a la interpretación valorativa, de acuerdo con un criterio americanista y, al mismo tiempo, serenamente polémico, de escritores hispanoamericanos como Bello, M. Azuela, Martí, Rodó, Quiroga y otros. De próxima publicación anuncia un libro que aportará interesantes aclaraciones al problema de la actitud de don Andrés Bello frente al romanticismo.

El libro que estudiamos, *J. E. Rodó en el Novecientos*, es definidor de su actitud crítica. Medida de estirpe británica en los juicios de valor; acuidad interpretativa; rigurosa perfección técnica en el uso del aparato erudito; vigilada elasticidad del estilo, que no trepida ante el neologismo ("pretextar", pág. 25) si es útil; son los caracteres que destacamos en su obra.

Nos parece de gran interés esta posición. Equidistante de las diversas escuelas críticas que predominan en el mundo literario —a las cuales Rodríguez ha dedicado más de un estudio en la revista "Número"— realiza una recomendable y armoniosa fusión de los aportes que ofrecen, por ejemplo, la estilística, el método histórico-biográfico y el, novísimo, generacional. Una segura exactitud en las citas documentales y bibliográficas —ya lo dijimos— contribuye a la solidez de los juicios. En nuestro ambiente literario, en

donde la "crítica joven" prácticamente no se divisa, nos parece positivo dar a conocer la obra de críticos como Rodríguez Monegal.

Esta obra está distribuída en tres secciones y termina con un completo índice analítico de materias. La primera está constituída por un largo ensayo: "La generación del 900". Intenta acotar el ámbito histórico en que Rodó desenvuelve su labor literaria. Para ello quiere aplicar el método generacional al grupo de escritores en que aquél se inscribe.

Se inicia el ensayo con una sobria y precisa reseña de los fundamentos teóricos de este método, según los expone Ortega, no sin una referencia a sus principales precursores: Comte, Stuart Mill, Dilthey, Wechsler. Aunque Rodríguez manejó la bibliografía más importante sobre el tema: Ortega, Marías, Laín Entralgo, Pinder, Petersen, notamos ausente el libro de Jeschke, traducido y prologado por Yolando Pino Saavedra (1).

Trasmontado este problema, se tropieza con el de "cómo fijar la existencia de tal generación de 1900 (por imprecisa que sea la fecha) si no es apoyándose en una serie histórica que no ha sido determinada" (pág. 21). En teoría el problema es insoluble; sólo puede resolverse empíricamente. Existe consenso, abonado por una larga serie de testimonios, en estimar que un determinado grupo de escritores está adscrito al 900. Ellos son Viana, Reyles, Rodó, Vas Ferreira, Herrera y Reissig, María Eugenia Vas Ferreira, Quiroga, Sánchez y Delmira Agustini.

En la parte segunda, se estudian dentro de este grupo los ocho factores que estatuyó Petersen como constituyentes de una generación. Conocidos son los reparos de índole filosófica que hace J. Marías a la delimitación de Petersen. Consciente de ellos y de las debilidades de esta técnica, los usa Rodríguez como una serie de coor-

(1) Hans Jeschke, "La Generación de 1898 en España" (Ensayo de una determinación de su esencia). Trad., introd. y notas de Y. Pino Saavedra. Ediciones de la Univeridad de Chile, Santiago de Chile, 1946. 214 págs.

denadas que han de dibujarnos el perfil humano y literario del grupo. Obvio es decir que tal labor exige un afinado instrumento crítico y un conocimiento preciso de la información, caudalosa, que existe sobre el problema.

En general, el grupo del 900 fué autodidacta. Debieron su formación a lecturas comunes —Nietzsche, Baudelaire (Herrera), la copiosa literatura libertaria y anarquista con que nos invadió Sempere— o a actividades que les fueron comunes como el periodismo. Aunque separados en subgrupos afines, hubo siempre entre ellos relaciones —casi todos son de Montevideo— ora de amistad, ora de antagonismo. Las revistas —revista de “El Salto”, revista “Moderna”— aunaron la producción de algunos.

Rodríguez estudia un aspecto que merece destacarse: la política. Con ella nos apartamos un poco del ámbito de las puras “vigencias” para introducirnos en el de la *praxis*. Es normal, las luchas partidarias debieron unir o apartar a estos hombres. Pero convendría, nos parece, profundizar esta veta e inquirir por otros aspectos del problema —la ubicación de estos escritores en clases sociales, para dar un ejemplo—, lo que daría base para un estudio de insospechada trascendencia.

El hecho generacional, de que habla Petersen, lo constituye, según Rodríguez, el modernismo. Su impacto —nueva visión del mundo, renovación de las técnicas formales, búsqueda de lo raro y lo exquisito— correspondió a ese cambio de la “sensibilidad vital” de Ortega. Las citas de Rodó y Reyles que se insertan son concluyentes. El “lenguaje generacional” filia también a esta generación dentro del modernismo. Entiéndese “lenguaje generacional” como un primer impulso antes que como impronta común. Cada uno lo asimiló a su manera.

No hubo un jefe reconocido de este grupo. El modelo fué Darío. Rodó y Herrera se repartieron la primacía dentro de él. En cuanto a su actitud frente a la generación anterior, aunque conciliadora en la forma, desde un comienzo fué de firme antagonismo.

Desean liberarse de su tutela, "sacudir el marasmo en que viven los hombres de pensamiento", como dice Rodó (cit., pág. 33).

Pese a las diferentes actitudes que es posible rastrear en estos escritores ante problemas comunes, Rodríguez llega a la conclusión de que "pese a claras diferencias (por radicales que parecieran ser), en lo fundamental —zona de fechas, vigencias compartidas, actitud polémica frente a la generación anterior— evidenciaban una postura común. Incluso podría anotarse en todos una misma posición frente a la creación literaria o intelectual, independiente de la tendencia en que militasen. Todos la concibieron desde un plano universal, levantando el punto de mira, incorporando su obra a la gran tradición literaria occidental (y no meramente española)" (pág. 34).

Hecho el estudio, podríamos decir, horizontal, sincrónico, de la generación, la tercera parte del ensayo está dedicada a un estudio diacrónico, vertical, de ella. Empíricamente, establece las siguientes fases vitales:

1.^a 1865-1880. Nacimiento.

2.^a 1880-1895. Formación.

3.^a 1895-1910. Gestación. Es el momento polémico. Su año central es 1902, y por ello Rodríguez cree que debería llamársele propiamente "generación de 1902". Hay que recordar que Ortega también postula una generación de 1902 para Europa. Son los años en que estos autores publican su obra capital.

4.^a 1910-1925. Etapa de gestión. El grupo predomina. Raleadas sus filas por la muerte "no alcanzó la significación necesaria" (pág. 38). Añádase el cambio de sensibilidad que trajo la guerra del 14 y se explicará la reducción de la capacidad influyente del grupo. En resumen, actúan en la literatura uruguaya durante un lapso de unos treinta años: 1895-1925.

Este ensayo, rico en sugerencias, termina planteando estas interrogantes: ¿Qué es lo valioso y qué lo perecible en la obra de esta generación? ¿Cuál es la actitud que la generación nueva debe adoptar ante ella? Dilucidar estos problemas, lo que significa práctica-

mente revitalizar nuestra tradición cultural, es labor para una falange de investigadores en todos los países de América.

La segunda sección de este libro —“Perspectivas”— agrupa una serie de ensayos cuya finalidad es ya recortar la figura de Rodó, como hombre y como escritor.

Rodó ha corrido suerte desventurada a manos de sus críticos. Rodríguez intenta destruir la imagen carente de vitalidad, de escritor aristocratizante y evadido que nos quieren ofrecer algunos tratadistas apresurados. Muy por el contrario, aquí se nos ofrece la de un hombre, en lo psicológico, tremendamente tímido y sensitivo. Las sobrias alusiones que se hacen a sus torturas a manos de unos usureros introduce no se sabe qué de hondamente humano en este perfil de Rodó. Por otro lado, observamos al escritor tensamente volcado al drama político y social de su tiempo. Vemos al estilista y asistimos a su tenaz lucha por la expresión. Sólo a vuela pluma podemos reseñar esta sección, no la menos enjundiosa del libro.

Un apéndice, en que se estudian las relaciones entre los prohombres de la generación, Rodó y Herrera y Reissig, constituyen la tercera parte de la obra.

Lo ya observado creemos que cumplirá con las finalidades que nos hemos propuesto: dar a conocer la labor de este crítico y, en alguna forma, diseñar ante los estudiosos la seria labor de interpretación global, orgánica, certeramente dirigida a lo sustancial —no prendida al dato baladí ni desorientada en los vericuetos eruditos— que se realiza en Uruguay en torno a su pasado literario. Es ejemplo, creemos, digno de imitación.—*Fidel Coloma González.*



“NOVELISTAS DE MÉXICO”, de J. Fernández-Arias Campoamor. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1952. 185 páginas

Aparecida esta obra sobre la novela mexicana en 1952, es nuestro deseo referirnos a ella para demostrar el peligro que entrañan las